

**GRANADA,
PARAÍSO CONFINADO**

**José Vicente Pascual
Eduardo Castro
Wenceslao-Carlos Lozano
Manuel Ángel Vázquez Medel
Esteban de las Heras**

**GRANADA,
PARAÍSO CONFINADO**

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN ETCÉTERA}

Primera edición, noviembre 2021

© José Vicente Pascual, Eduardo Castro, Wenceslao-Carlos Lozano,
Manuel Ángel Vázquez Medel y Esteban de las Heras, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de portada: Juan Vida

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1595-2021

ISBN: 978-84-123813-4-4

Impreso en España · Printed in Spain

Este no es un libro serio. Lo siento.
El autor

FRANCISCO IZQUIERDO

Vivimos tiempos difíciles para la causa,
pero no hay que perder la esperanza

MANUEL TALENS

AL LECTOR

El texto que tiene ante sus ojos es una obra colectiva de José Vicente Pascual (JV), Eduardo Castro (EC), Wenceslao-Carlos Lozano (WC), Manuel Ángel Vázquez Medel (MA) y Esteban de las Heras (EH) —por las rúbricas de sus publicaciones y las iniciales que identifican sus respectivos capítulos—; todos amigos y compañeros de la Academia de Buenas Letras de Granada, que decidieron fortuitamente, apenas decretado el confinamiento forzoso a mediados de marzo de 2020, escribir conjuntamente algo que los mantuviera en contacto y aliviara en lo posible el tedioso periodo que se avecinaba. Para el caso, una suerte de crónica bufa del mismo hasta su final, correspondiendo sus 75 capítulos a otros tantos días medianeros entre el 18 de marzo y el 30 de mayo, de entrega diaria por correo electrónico en el orden correlativo señalado y con el compromiso de no fallar a esa norma para que todos pudieran enlazar sin demora su parte con las anteriores. Por tanto, sin apenas tiempo para una revisión reposada de la misma. Ello, bajo la coordinación de EC durante su escritura y la revisión de WC una vez concluida esta.

Dada la singularidad de esta aventura literaria, es preciso aportar al lector un mínimo de aclaraciones sobre su proceso de redacción, sin las cuales podría dedicar más tiempo a intentar elucidar «de qué va todo esto» que al disfrute —o fastidio, claro está— de su lectura. Nótese de entrada que, tras haber dado JV el pistoletazo de salida con una mera chanza, los primeros capítulos son de puro tanteo, y que ni siquiera hay un orden de turno establecido, por lo que WC entrega dos capítulos seguidos (3 y 4). De hecho, dos coautores estuvieron a verlas venir antes de incorporarse al proyecto —capítulos 11 (MA) y 12 (EH)—. Se ha optado por mantener tal cual esos titubeos preliminares para dar constancia de su carácter espontáneo, sin duda uno de sus valores. A partir de ahí, el orden habitual ha sido: JV, EC y WC (o viceversa en algunos casos), MA y EH.

Hubo, cómo no, vacilación en cuanto a localizaciones, como la de la finca de Calicanto, una aldea imaginaria finalmente aneja a Lanjarón, donde se desarrolla buena parte de la acción, y alguna que otra hesitación pronto solventada de común acuerdo. De inmediato cada autor, además de inventarse personajes, fue apropiándose de otros que no eran de su cosecha, dándoles a veces mayor protagonismo que a los propios, sin menoscabo de que los demás pudiesen hacer con ellos lo que les apeteciera, llegando incluso a torcer el destino que su creador les tenía planeado; por supuesto sin derecho al pataleo. El atento lector podrá conocer sin dificultad qué coautor introduce qué personajes a la narración, y cómo van luego evolucionando en otras manos. Se entreveran lenguaje culto y popular, a menudo procaz y hasta soez, abiertamente rabelésiano en su desmesura —un guiño a este y otros ilustres

clásicos nada gazmoños—, a imagen de un entorno geosocial tan arraigado en la ramplonería y plagado de tópicos antañones como el nuestro. Así mismo, habla coloquial andaluza con su grafía correspondiente; esto es, en razón de su abundancia, sin recurrir a cursivas ni comillas reservadas para otras particularidades del texto.

Considérese que la edad de los coautores oscila entre los 64 y los 74 años; o sea, sobradamente preparados, por prurito existencial y cultural, para estas lides, siendo dos de ellos profesores universitarios y filólogos, dos periodistas veteranos y escritores de acreditada solvencia, y un novelista profesional amén de prolífico articulista. Aquí, el tono burlesco es señal de que los años no están reñidos con el buen humor y la propensión a la rechifla, sino más bien todo lo contrario. Procede tener en cuenta que un denominador común es su pertenencia a una generación —ya en vías de extinción— adepta a una libertad de expresión sin cortapisas, y por tanto renuente a los cánones vigentes del pensamiento único, de la corrección política, de la timorata autocensura, del buenismo más tontuno y otras dolencias que aquejan hoy a la opinión pública —así en España como en el resto del llamado ámbito democrático— y, por ende, a escritores, comunicadores y opinantes de todo pelaje. Ello, sin considerar el credo de cada cual, aquí tan dispar como en el conjunto de nuestra sociedad. Por consiguiente, se trata también de una parodia, en actitud crítica crecientemente desenfadada y jocosa, de la degradación del pensamiento colectivo y del imaginario social, de la que no se libran ni tirios ni troyanos; de una catarsis verbal en aras del derecho a decir —¡qué menos en literatura!— lo que le da a cada cual la real gana, aunque siempre por mor del regocijo

antes que de la ofensa. Y es que, quiérase que no, tanto o más ultrajantes son las cosas que se oyen a diario en la calle, en los bares o en la televisión sin mayor escándalo. En esto, pues, realismo social puro y duro.

El hecho de no haber modificado los textos en su fondo patentiza una clara intención de conservar su vivacidad así como su condición de crónica de sucesos acaecidos en Granada durante aquel periodo, por novelada y bufa que esta sea. Sin duda, la tarea de escribir al día, de seguido y sin apenas oportunidad de asentar una estrategia narrativa concreta, basándose en lo entregado el día anterior como última novedad para seguir adelante, ha supuesto un reto que pudo provocar notorias disfunciones en lo tocante a la secuenciación de la acción, a desfases temporales, a la congruencia de los personajes, etcétera. Pero no ha sido así, al menos de manera flagrante. Ciertamente, una vez concluido el relato, cupo la ocasión de adornarlo estilísticamente y de redondearlo con adiciones o sustracciones para dar la deseada coherencia al conjunto; y, desde luego, para cohesionarlo en cuanto a su ortografía, su ortotipografía y demás. Pero el lector no advertirá en él una deriva azarosa de los acontecimientos ni de la psicología de los actantes que desmerezca su verosimilitud, pese a esa inventiva harto apresurada debido a la urgencia de las entregas —sumada a las ineludibles obligaciones profesionales de cada cual—, tal como se habían comprometido los autores desde un principio para evitar que la obra se empantanara.

Desde un punto de vista creativo, la novela presenta unas peculiaridades de las que ni siquiera sus artífices fueron probablemente conscientes antes de haberla finalizado. Estas son diversas y nada desdeñables, pero no se trata aquí de

pormenorizar los recursos literarios adoptados por unos y otros, siendo esta una labor de largo aliento solo encomendable, si acaso, al crítico literario que se preste a realizarla desde fuera. Quede al menos constancia de la libertad de extensión, de la fluidez y expresividad dialógica, de las solapadas referencias culturales, tanto cultas como populares, hasta el punto de que muy avezado tendrá que ser el lector para pescarlas todas.

Otra audacia de los coautores ha sido —ya en el capítulo 28 (JV) pero sobre todo a partir del 57 (EH)—, para culmen de este jolgorio literario, la de ir incorporándose unos a otros a la intriga en tono satírico-festivo, implicando a sus compañeros en la acción sin previo aviso, imbricando realidad y ficción al emparejarlos a nivel intradiegetico con los personajes, cuando no mojándose personalmente a todo trance, acrecentando así y entrelazando más estrechamente las voces narrativas, embrollando la trama hasta llevarla por derroteros tan surrealistas como hilarantes y provocar de pasada leves piques y devoluciones de pelota según el talante de cada cual, poniendo a prueba en este ejercicio de metaliteratura sus habilidades para la inventiva y su capacidad de aguante amistoso.

En definitiva, todo un despliegue de fantaseo creativo sin otro afán de que redunde en diversión lectora.

Granada, paraíso confinado

1 (JV)

Cuando llegaron noticias a la nave abandonada de que el perro de Juanín había muerto aplastado por un camión de la Puleva cuyo conductor ardía en fiebres de cuarentena, el desánimo cundió entre los siete reunidos en aquellos arrabales. Don Pedro Sola Cabrales, notario de Soportújar y antitaurino confeso, gimió un lamento sombrío de triste claudicación.

—Aquí no estamos seguros —auguró todo espantado.

—Ni aquí ni en ninguna parte —concluyó Luisa Roberta, viuda del pobre Juanín y, desde aquella mañana, dueña de lo que quedaba del pobre can planchetado.

2 (EC)

La tía Anica acababa de poner a calentar el puchero en el rescoldo de la chimenea, cuando la trompetilla del pregonero le dio tal respingo que casi estuvo a punto de tropezar con la trébede y tirar la olla sobre la lumbre. Llevaba ya tres días oyendo al pregonero con la misma cantinela, pero no terminaba de acostumbrarse al monocorde toque de su trompetilla, que solía sorprenderla de sopetón en los momentos más inoportunos. Superado el repullo y salvado el puchero, prestó atención al bueno de Federico, que otra cosa no tendría el hombre, pero daba gusto escuchar su vozarrón:

—Por ordennn... del señor alcaideee..., se hace saberrr... que hasta nuevo avisooo... queda prohibidooo... ¡¡¡sacar animales a la calle!!! Los perros se quedarán en sus casaas, los pájaros

en sus jaulaaas, los burros en sus pajareees, las cabras en sus corraleees... ¡¡¡y las gallinas en sus gallineros!!! Cualquier animal doméstico, sea de compañía o de intendencia, será confiscado de inmediato por la autoridad competente y sus dueños multados con arreglo a sus posibles.

El eco del pregón rodó por el cauce del río Seco hasta perderse más allá del barranco de la Cueva. Y mientras Anica dudaba sobre qué hacer, la viuda de Juanín se dispuso a rociar con aguardiente los despojos de su chucho para prenderle fuego allí mismo antes de que los bichitos que el conductor de la Puleva le hubiera podido contagiar se expandieran entre el vecindario.

3 (WC)

Pedrito Suárez Sola, sobrino del notario de Soportújar don Pedro Sola Cabrales, taurófilo apasionado a escondidas de su tío, decidió no regresar al pueblo cuando se decretó el estado de alarma por el coronavirus, y permanecer en Granada para disgusto de los curas que gestionaban la residencia universitaria, pues era el único estudiante en haberse quedado, fastidiando la fiesta a portero, limpiadora y cocinero, que tenían la obligación de seguir atendiéndolo, como manda el reglamento, pues para algo había pagado su mensualidad con antelación.

En realidad lo hacía más por incordiar que por otra cosa, pues en Soportújar nadie ni nada le podía impedir pasear a sus anchas por las tierras familiares y las colindantes veredas montunas con su adorado perro Lucio; así como copear y tapear, además de echarse sus porritos escuchando flamenquito moderno a puerta cerrada en la taberna de su amigo

Chicharito, sita frente a la vivienda de sus padres. Fastidiar a los curas, por supuesto, por no haberle permitido traerse a su perro del pueblo y meterlo en su habitación, pero también a todos los demás, por elemental afición juvenil a jeringar al prójimo. Solo una semana, a ver qué pasaba... Luego ya vería, según se presentara la cosa. Cierto que también tenía otra tarea pendiente: estaba escribiendo sus memorias, desde los siete hasta los veinte años, su edad actual. Mejor dicho, se las estaba inventando. Un documento de envidia que ya sabría rentabilizar algún día, sobre todo a efectos de ligoteo, que guardaba en un *pendrive* que acto seguido se llevaba con secretismo al bolsillo pequeño del vaquero, no fuera a birlarle en un despiste los derechos intelectuales algún que otro listillo de la residencia.

En esas estaba cuando lo llamó su madre por el móvil para pedirle que se viniera a casa de una vez..., que dónde mejor que con su familia en una situación tan dramática, y a nivel mundial, «¡Ojo, hijo, que esto no es moco de pavo!». De pasada le comentó que un camión había atropellado esa misma mañana el perro de Luisa Roberta, la viuda de Juanín, ese perro hermano de su Lucio, que le regaló el propio Juanín cuando su tío Pedro y él mismo fueron a verlo allá junto al Barranco de la Cueva para aquel asunto de nave abandonada que quería comprarle para restaurarla y que sus amigos labriegos pudieran guarecer allí el material de labranza.

—Y fíjate quién estaba allí con la Luisa Roberta, ¡pues tu tío Pedro! Qué casualidad, ¿verdad? ¿Qué te he dicho yo siempre? Pues lo mismo te repito ahora. Que el sinvergüenza de mi hermano se entiende con esa pelandusca, y ya desde antes de quedarse viuda.

—Eso no es grave, mamá, cada cual hace con su cuerpo lo que puede.

4 (WC)

Don Abundio Montero Navarrete, director y padre espiritual de la residencia estudiantil, resopló de alivio cuando Pedrito se fue de allí al sexto día del dichoso decreto, justo cuando estaba a punto de largarlo por las buenas, intimando a su padre que fuera a recogerlo; o por las malas, denunciándolo sin más a la autoridad competente por poner en riesgo a sus trabajadores con sus imprudencias. Pero no tuvo que hacer ni lo uno ni lo otro, pues al niño le dio por darse un voltio por el centro para ventilarse un poco, y no se le ocurrió otra que echar a correr cuando un retén de la Policía Local le dio el alto desde la megafonía de su vehículo apostado tras la estatua de la plaza Isabel la Católica. Salió por piernas Zacatín abajo con tan mala pata que se dio de bruces con unos efectivos de la Unidad Militar de Emergencias llegados a Granada esa misma mañana y desplegados por Bib Rambla para labores de desinfección e información, que lo pescaron al vuelo. El muy idiota ni siquiera había saltado el peta recién encendido, una racanería que luego le costaría al padre un multazo añadido al correspondiente por haberse saltado a la torera la orden gubernativa de no pisar la calle sin motivo justificado. ¡No te gustan tanto los toros, pues toma cornada, cretino! Bronca va y rapapolvo viene por parte de la Policía Local, estuvo cuatro horas detenido hasta que Santos Suárez Montoya, el papá de la criatura, lo recogió en las dependencias de la Huerta del Rasillo y se lo llevó al pueblo.

De camino, en el coche, este puso a parir al gobierno, a la

pasma y hasta a los milicos, todos unos inútiles hoy en día, cualquier cosa menos tíos de pelo en pecho, como éramos antes.

—¡Qué tiempos aquellos los del Caudillo! Esta ya no es mi España... Vamos hombre, que no se puede salir a la calle por miedo a pillar el virusito ese... ¡Que se vayan al carajo! Y lo del porro, ¿qué? Como si no me hubiera hartado de fumar grifa durante la mili en la Legión... ¿Y qué? ¿Acaso soy menos hombre y menos español por eso? Y para colmo todos los bares cerrados, como si el vino del terreno no bastara para matar esos bichuchos. Si está más que claro, lo que pretende esta gente es convertirnos a todos en unos blandengues para imponernos su socialcomunismo sin que rechistemos. Y a esto lo llaman democracia...

—Así es, papa, así es...

Pedrito asentía reiteradamente, tan indignado como su reverenciado padre... el espejo en el que se miraba. Lo bueno con su progenitor era que no tenía por qué tomarse la molestia de forjarse un carácter propio para sentirse hombre. Le bastaba con verse reflejado en él: un saludable ahorro de energía moral. *Qualis pater, talis filius* o, dicho en román paladino, de tal palo tal astilla.

5 (JV)

En la nave abandonada, siete eran, como suelen ser las personas, repartidas por sexos: Luisa Roberta y don Pedro, amantes desde el año que nevé en Ceuta, cosa que sabía todo el pueblo; Amancio Pradera y Leocadio Sinjén Cutillas, mozallones de faena con poca instrucción escolar, simples de

criterio, sanos de índole y, lo más importante, generosos en sus prestaciones sexuales; Matilde Sinarcas y Jacinto Pocopán, parejita moderna que se había aficionado al deportivismo *swinger* gracias a las posibilidades educativas y lúdicas de internet; y por último, no por ello menos importante y, por supuesto, sin ánimo de relegar en la nómina de fugitivos al inquieto y decidido Antoñito Celabres, el mismo y antedicho Antoñito Celabres, auxiliar de botica jubilado que ejerciese su profesión durante muchas décadas en la famosa farmacia de la plaza de la Trinidad, en Granada, establecimiento óptimo que en tiempos ya muy remotos fue considerado el único de la ciudad donde podían comprarse condones, píldoras anticonceptivas y artículos similares sin receta médica y sin que nadie hiciese preguntas incómodas ni cómodas. Antoñito, de toda la vida hablador aunque persona muy seria y cumplidora de más, llevó una vida abnegada, de trabajo, misa los domingos, procesión de jueves santo y soltería impertérrita, sin dar que hablar un sí ni un no... hasta que en 1987, de romería en las fiestas de su pueblo, sufrió caída desde un carro —las malas lenguas dijeron que iba muy ebrio, lo cual creará el que quisiera porque nuestro auxiliar de botica nunca fue hombre de excesos—; y a consecuencia de aquel accidente, aseguraban en el pueblo, se volvió maricón del todo. «*Queer* de convicción, aunque tardía fue mi vocación», mantenía él. Nadie discutía el aserto porque, en el fondo, a todos les importaba un semáforo en ámbar lo que a Antoñito Celabres le gustase o dejara de gustarle puertas adentro. Allá cada cual.

Los siete ya relacionados, ya explicados más o menos, se encontraban en la nave abandonada, lugar de encuentro

fijado para sesiones jolgóricas —*dionisiacas* las llamaba el culto don Pedro, que por algo era notario—, y también para tiempos de emergencia como el que se vivía. El decreto de Prohibición Deambulatoria que empezó afectando solo a animales de faena y compañía y acabó siendo *ciudadana, animal, vegetal y mineral*, les impediría reunirse en la ya muy referida nave abandonada para celebrar discretamente sus encuentros de los viernes, así como el utilísimo resopón de los martes.

—No hay manera, no hay manera —se quejaba Antoñito Celabres—. En cuanto nos encuentre la Policía Local o, peor aún, la Guardia Civil, estaremos bien jodidos. Metafóricamente hablando, claro está. Debemos buscar un sitio más apartado y oculto para las reuniones de la cofradía.

—Como no nos echemos al monte... —argumentó, más bien objetó, Leocadio Sinjén Cutillas.

—¿Por qué no huimos a Portugal? —propuso así, a bote pronto, Matilde Sincarcas—. He leído un wasap en el que el sobrino de un pescadero, estudiante de económicas en Valladolid, asegura que en Portugal no hay toque de queda niclusión forzosa para el vecindario.

Don Pedro Sola Cabrales se plantó ante la muchacha y la miró fulminante, con la impronta de su oficio notarial. Como si la sentenciase a requerimiento inaplazable de alguna deuda antañona, la apabulló con la evidencia:

—Pero, insensata... ¿tú sabes lo lejos y a trasmano que queda Portugal?

6 (EC)

«Pues el cortijo de mi Anica no está tan lejos», pensó Antoñito Celabres, sin atreverse a compartirlo con el resto del grupo. «Y, además, está tan apartado del pueblo y del carril de la sierra que difícilmente nos encontrarían allí». Pero, mientras él sopesaba la idea rumiando la conveniencia de comentarla en voz alta, don Pedro se le adelantó con el fin de no perder las riendas de la reunión, no fuese que alguien quisiera saltarse su autoridad a la torera, y eso sí que no, faltaría más.

—Bueno, que no cunda el pánico —recomendó el notario—. Para vuestra tranquilidad quiero deciros que la Guardia Civil ya pasó por el pueblo esta mañana y probablemente no volverá a hacerlo hasta dentro de un día, si no más Y en cuanto a los municipales, si les diera por venir a la nave ya me encargaría yo de engatusarlos. Así que tenemos tiempo para pensar con calma el lugar de nuestra próxima cita antes de que regrese de la capital mi cuñado con el zascandil de mi sobrino.

Mientras tanto, la tía Anica, viuda de Mateo Martín Martínez y responsable de Antoñito desde que ambos se habían quedado sin padres, se preguntaba con cierta preocupación dónde se habría metido el bujarrón de su hermano, pues desde que se cayó de aquel maldito carro y lo despidieron de la farmacia no tenía más consuelo que la tasca de su tío Chicharito, ahora forzosamente cerrada por culpa del dichoso virus coronado. Le llegó entonces un fuerte tufo a carne quemada y, al asomarse a la puerta, vio la columna de humo que salía de la calle Alta, un par de cuadras más arriba de la suya, donde había tenido lugar el atropello del perro. «¿Qué habrá pasao?», se preguntó en actitud detectivesca. ¿Sería capaz de aguantar la curiosidad

sin atreverse a romper el confinamiento decretado por la autoridad gubernativa? Se acordó de la guerra, que ella había vivido siendo tan pequeña que todo lo que sabía al respecto era lo que les había escuchado a sus padres. Y al pensar en su madre, le vino a la memoria lo que ella decía sobre los años como este, aquello de «Año bisiesto, año siniestro». Se disponía a salir de casa para calmar su ansiedad y satisfacer su avidez indagatoria cuando, a punto de comenzar la subida hacia la humareda pasando por el tinao de la tía Maruja, se oyó por la calle Alta el bocinazo de un coche seguido de un gran frenazo en seco y un fuerte estruendo de choques y rebotes, cristales rotos, gritos, llantos, lamentos, quejidos y ayes que más que humanos parecían infernales. Dio media vuelta, se metió corriendo en su casa y trancó la puerta por si las moscas. Cuando llegara su hermano, si es que llegaba, ya le contaría lo que quiera que hubiese ocurrido.

7 (WC)

Allá en Soportújar, en casa de los papis de Pedrito, el confinamiento se respetaba con sus debidas reservas. Los contactos de extranjis entre algunos vecinos eran diarios por mor de unos hábitos tan rancios y atávicos como la vida misma. Los compadres a la hora del tapeo en el patio interior, pasándose la botella de vino, cortando las rodajas de embutidos y el pan cada cual con su navaja que luego se llevaba directamente a la boca, dándose viriles palmadas a la espalda; las comadres intercambiándose favores: «Que si me prestas la *minipimer*, que si me falta laurel para el guiso,

que si te devuelvo tu paellera, que si me dejas tu móvil para llamar a mi cuñada, que me he quedado sin batería...». De Pedrito, mejor no hablar por ahora.

En cuanto a don Pedro Sola Cabrales, el notario, hermano de Manuela, mamá del nene y sufrida santa de Santos, no había dado señales de vida. «Seguro que anda arrejuntado, vaya una a saber dónde, con esa pelandusca de Luisa Roberta», refunfuñaba con voz avinagrada. Manuela y Pedro tenían otra hermana, Teresuca la peque, residente en Granada y desposada con un comandante de artillería, Celedonio Domínguez Zamora, ambos padres de una sola hija, Diana, que se alegraba calladamente de este despiporre cósmico. Mal de muchos, consuelo de tontos, bien está eso. ¿Pero puede concebirse mayor gozada que mal de todos por igual? ¡Ahí fue Troya! ¡El disloque con campanillas, ya digo! Y es que, además de feúcha, sosaina y renacuaja, esa criaturita era mala malísima, la maldad personificada. Desde cría había fantaseado con ser la reina del universo. ¿Acaso no le habían puesto sus padres nombre de Diosa? ¡No te fastidia! Por eso, en su frustración ingénita, quería creer que el coronavirus D19 —ella, que tenía 19 años y la letra D por inicial de nombre y apellido, y cuya máxima ilusión había sido siempre portar corona alguna vez, aunque fuera de novelería— era un guiño galáctico para resarcirla de los inicuos favoritismos de madre natura.

Reconcomida por la envidia, saber que todas sus amigas, en especial las que últimamente le daban de lado, estaban igual de fastidiadas que ella, la enardecía voluptuosamente. Solía imaginárselas felices cada una en su idílico mundo, con sus ligues, su insolente guapetura, sus juntas y esos cuchicheos entre íntimas de los que iba quedando cada vez más excluida.

Pero ahora no tenía la menor necesidad de preguntarse con pelusa dónde estarían en ese preciso instante, si besándose con el galán de sus sueños... besándose o algo más —pues las muy golfas se las daban hipócritamente de modositas y recatadas delante de los mayores para parecer chicas bien—. Ahora mismo, en este mismito instante, estarían igual de jodidas que ella, encerradas en casa, escuchando la misma música, wasapeando las mismas idioteces, sin ir al cine ni lucir palmito en la discoteca o en el gimnasio, sin hacer viajes de ensueño, sino ayudando a sus madres en la cocina o en la limpieza de casa ya que las sirvientas habían sido despedidas hasta nueva orden. En fin, aprendiendo a ser mujeres del montón, como las demás, como ella misma.

8 (JV)

Abandonaron cautelosos la nave en ruinas que fuese testigo de sus encuentros y francachelas durante años. Caminaron con rumbo, que es la mejor manera de ir a los sitios si va uno de mala gana y adonde no apetece, hasta que llegaron al aparcamiento municipal y se repartieron en los vehículos de don Pedro y de Jacinto Pocopán.

—Hacia el sur y todo derecho —insistió don Pedro Sola—. Pasada la estribación con el monte Pelado y los primeros costarrones de la sierra hay un camino rural que conduce hasta el valle. Serán nueve horas de camino —remató con ganas de coña.

—Se nos va a hacer de noche —objetó Jacinto Pocopán, quien gracias a sus conocimientos informáticos había conseguido

aprender las horas del día y otros provechos útiles, como vender ropa usada en *Vinted*, encontrar sitios de citas para compartir a su Matilde con otros gañanes a cambio de gratos momentos con otras gañanas y, miel sobre hojuelas, enterarse de que la tierra es plana, lo cual le vino de perlas para perder el miedo de resbalar en cualquier mal paso y acabar en las antípodas, un lugar que se le antojaba incómodo, peligroso de fauna y habitado por caníbales.

—Desde luego que se nos hará de noche, hijo. Desde luego —asintió don Pedro—. Mas no queda otra. Hala, paso piano y adelante.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Matilde.

Con flato de autoridad y modestia de ricachón que no quiere herir al prójimo con ostentaciones vanas, respondió don Pedro sin dejar de conducir:

—A una finquita que tengo a las afueras de Calicanto, pedanía minúscula de Lanjarón, como sabéis o deberíais saber; pequeña y mimada de clima, abundosa en aguas salubérrimas y con una fronda delicada en invierno y frescachona en verano, amenidades que para sí hubieran querido los moros de la Alhambra... Dicho sea lo de moros sin ánimo de faltar a nadie, es un decir por decir.

—¿Una finquita? —se extrañó la muchacha— ¡Ya será una fincaza!

—Un lo que sea, demonios... —replicó don Pedro, ya algo mosca por el recochineo—. El caso es que necesitamos refugio y nosotros no somos gente de diario, de quedarnos en casa mirando al techo o viendo el telediario. Mientras dure este sindiós de la cuarentena, en algún lugar seguro tendremos que procurarnos alojamiento. ¿Qué mejor que esa propiedad, la

cual siempre he mantenido con toda discreción, apartada del mundo y dispuesta siempre para mis placeres particulares?

—Menos conversación y carretera y manta, que la noche se nos viene encima y no veo el momento de descansar en Calicanto —apuró Luisa Roberta—. ¡El tiempo apremia!

No supieron los demás excursionistas si a la pimpolluda hembra la apremiaba el tiempo por temor a la oscuridad o por devoción a aquellas holguras y goces que, a buen seguro, más de una vez había compartido con el notario en su retiro campestre, tan cerca del éxtasis bucólico —con perdón por las esdrújulas— y tan lejos del mundanal ruido.

—¿Y a usted, don Pedro, quién le guarda la notaría? —preguntó todo simple el mozanco Pradera.

—¡San Antonio bendito la guarda, no te jode! —respondió el fedatario de aquellas tierras—. ¿Tú es que no lees los periódicos ni ves la tele, desgraciado?

—No señor. No dicen más que mentiras.

—Pues si no te interesa lo que pasa en el mundo, menos debe preocuparte lo que se cueza en mi notaría. ¡Y hala, a conducir, que nos queda buen trecho!

A la media hora, sin despertar a los vecinos ni alertar más que a un perro viejo que no se molestó en incorporarse para ladrar desde su esquina, atravesaron la breve calle de Calicanto. Recorrieron los últimos metros por un caminito de tierra compactada, entre hileras de abedules y algún robusto castaño que, seguro, daría buena sombra a los entornos. Finalmente, bastante descangallados por la dura jornada y con más hambre que un caracol sobre un espejo, estuvieron ante la finca de don Pedro. Según el cartel en pórticos de la propiedad, el rincón de ocios y lujurias del notario se llamaba *Las golondrinas*.

«Muy becqueriano, mira tú», pensó Antoñito Celabres. Tal como lo pensó, lo calló.

Había una tapia encalada y un portón de recia madera tachonada con clavos de bronce. Ante la puerta se encontraba el guardés clavario Ezequiel, avisado por su amo la tarde anterior, supusieron todos pues, a pesar del aspecto rústico del aborigen, no había señas ni indicios razonables de que no supiera manejar un teléfono móvil.

9 (EC)

Viendo que la noche se echaba encima y su hermano ni llegaba, ni llamaba, ni había dado señales de vida en toda la santa tarde, la tía Anica se alentó a romper la promesa que Antoñito le había hecho jurar antes de salir. «Pues lo siento mucho por él, pero no me deja más remedio que llamarlo yo, por muy mal que le pueda sentar», se dijo para sus adentros antes de dirigirse al comedor en busca del inalámbrico. «A ver: seis, siete, uno, cinco, cero, siete, siete, cinco. Ahora que no esté sin cobertura, que es la excusa que me pone siempre pa no contestar. ¿Y por qué no suena esto? ¿Habré marcado mal? Bueno, cuelgo y llamo de nuevo, a ver si tengo más suerte. Pero espera, espera, Ana, ¿por qué no buscas primero la libretilla y marcas con ella delante pa no equivocarte? A ver, a ver... ¡Aquí está! Seis, siete, uno, cinco, cero, siete, siete, cinco, cero. ¡Ahora sí! ¿Pos no t'habías comío el último cero? ¡So pánfila, que eres una pánf...! ¿Oye? ¡Niño! ¡Antoñito! ¡Soy yo, tu hermana! ¿Es que no me oyes? ¿Dónde puñetas estás, hijo? ¡Que como te pillen en la calle o en el campo te van a

denunciar! ¡Que no está el horno pa bollos, leñe! ¿Pero es que no me oyes? ¿Por qué no dices na? ¡Será zanguango este hermano mío! Cuando lo pille por banda se va a enterar, ya lo creo que sí, que me tiene harta, que lleva dándome problemas desde que nos quedamos huérfanos, ¡válgame Dios!».

Tras poner fin al monólogo y cortar la llamada, la tía Anica atizó la lumbre y añadió un jarro de agua al puchero antes de buscar el número de la viuda de Juanín, a ver si ella sabía de qué era la humareda que había visto cerca de su casa y de paso le contaba qué había sido el follón que la había hecho correr de vuelta como gato que lleva el diablo cuando ya estaba a mitad de camino. Pero la viuda de Juanín ni siquiera se dignó a descolgar el teléfono, no como su hermano, que lo había cogido para dejarla con la palabra en la boca, el muy zopenco. No, si al final se iba a quedar sin saber de dónde provenían y de quiénes eran los quejíos y lamentos que a ella le parecieron como de ánimas insepultas y en pena. «¡Válgame la santa compañía! ¿Pero es que no me va a contestar nadie?», refunfuñó mientras marcaba ahora el número de Manuela Sola.

—¿Diga? —respondió la hermana de don Pedro—. ¿Quién es?

—Por fin una voz conocida, gracias a Dios. Soy yo.

—¿Y quién eres tú, no ves que no te veo? Que este teléfono no tiene cámara ni pantalla para ver quién me llama.

—Pues yo, Anica, ¿es que no me conoces por la voz? Bueno, mira, da igual. Que te llamo porque no sé na de mi hermano ende que salió esta tarde y a lo mejor tú me puedes decir ond'está.

—¿Yo? ¿Y por qué iba yo a saber dónde coño se mete tu

hermano?

—Coño, ninguno, eso seguro, Manuela. Y si te pregunto a ti es porque me dijo que se iba con tu hermano y esa pandilla de zascandiles que se le pegan como moscas en torno a una sartén de choto al ajillo.

—¿Y por qué no lo llamas primero a él? A tu Antoñito, quiero decir. ¿No tiene móvil?

—¿Te crees que soy tonta, o que te llamo a ti por fastidiar? Eso es lo primero que he hecho, mujer, llamarlo al móvil. Lo que pasa es que no habrá cobertura onde quiera qu'estén, porque no he conseguido oír na. Y luego he llamao a Luisa Roberta, pero ni m'ha contestao. La he llamao a ella porque al asomarme a la puerta pa ver si venía mi hermano, lo que he visto ha sío una enorme jumarea por onde la calle Alta, más o menos a la altura de su casa, y cuando me disponía a subir a través del tinao de la tía Maruja, un repentino estruendo, como si hubiera caído una bomba en mitad del pueblo, m'ha hecho volver echando leches pa mi casa. Y por eso te estoy llamando a ti ahora. Porque mi hermano me dijo que se iba con el tuyo.

—Pues si se iba con mi hermano y sus contertulios, entre los que también estará la pelandusca de la viuda de Juanín, seguro que estarán en su lugar de reunión habitual.

—¿Y tú sabes ónde es eso?

—Tengo entendido que en la nave abandonada, por la salida que sube hacia el cortijo La Cuesta. Pero, dime, ¿qué es eso de la humareda en la calle Alta y el estruendo del bombazo?

—Pues eso quisiera saber yo, que con el bando del confinamiento no me atrevo a arriesgarme a salir otra vez.

Precisamente eso es lo que quería decirle al Antoñito, que se viniera ya pa casa, que los municipales están poniéndose serios con las multas y son capaces de llamar a los civiles pa que los detengan a tos. ¿Por qué no llamas tú a tu hermano y lo convences pa que se venga ya ca uno pa su casa?

—Pues porque yo estoy esperando que vuelva mi Santos, que ha bajado a Graná a recoger a mi Pedrito y ya deben de estar al caer. Además, lo que hagan mi hermano y su pelandusca me importa una higa, Anica. Allá se las compongan ellos. Con su pan se lo coman y San Pedro se lo bendiga. Aunque no creo que lo haga, sino todo lo contrario. Seguro que cuando les llegue su hora, lo que hará más bien será pedirles cuentas. A ver si se creen que pueden estar fornicando sin pasar por el altar y luego los va a dejar entrar como si nada por su portería. Así que te dejo, que tengo invitados y están llamando a mi puerta, que no es la del cielo y no puede abrirla san Pedro. ¡Hala, hasta otro día!

—¡Adiós, adiós!... ¿Será mala pécora? ¡Pues no m'ha colgao, la mu...! ¡Mira que si al pasar con el auto por la cueva del Ojo de la Bruja l'echan un mal soplo a su marío y los Suárez se quean en el camino! No digo yo que les pase ná malo, sino que se les averíe el coche y se lleven un susto. ¡Por esaboría! Así aprenderá a respetarme, ¡ea!

10 (WC)

Santos amaneció el jueves de la segunda semana con una sofocante sensación de ahogo, el pecho tensado y la cabeza a punto de estallar. Se tomó la temperatura y, efectivamente,

tenía un fiebrón de pronóstico. Seguía con la tos pertinaz de la víspera y le dolían todos los huesos como cuando sus habituales gripazos invernales. Ante tal tesitura no le dio otra, desde su bajuna mala sangre, que cagarse en la leche que dieron de mamar al Redentor de la humanidad.

Manuela estaba al tanto de que la actividad asistencial hospitalaria se había convertido en no presencial, siempre que fuera posible, con citas programadas *sine die*. Tras dos exasperantes horas colgada del teléfono hasta que le contestaron, y una vez hubo detallado los síntomas que presentaba su marido antes de que le preguntaran nada al respecto, le comunicaron que no podían evaluar a la gente sobre la marcha por un problema de recursos, cosa que no acabó de entender. Eso sí, tuvieron la delicadeza de aconsejarle que, al no haber centros de pruebas y evaluación por su zona, lo mejor que podía hacer su familiar era quedarse en casa, aislarse y cuidarse el catarro con antibióticos.

Pero hete ahí que nuestro Adán vio en ello una oportunidad de darse un garbeo por Granada con la excusa de que lo examinaran en el Servicio de Urgencias del Parque Tecnológico de Ciencias de la Salud, popularmente conocido como *peteese* —un espacio por el que, fíjense ustedes, se tenía prometido turistear desde que lo inauguraron—, cuidando de llevarse consigo una botella sin abrir de Soberano para hacer más llevadera la espera. Pero entre tanto gentío sectorizado y tanto uniforme blanco o verde, pronto decidió pasar de matasanos y tomarse las cosas de otra manera, a su estilo —¡qué leches!—, convencido de que sabría sanarse él solito, como había hecho siempre, de entrada a lingotazo limpio. Así que destapó la botella y empezó a trasegar en el mismo aparcamiento del PTS.

Una vez calentito, ya en su elemento, arrancó para regresar a casa, pero se lió de tal modo que acabó enfilado hacia la Bola de Oro y, maniobrando torpemente para dar media vuelta, estuvo haciendo meandros hasta acabar topándose con el Palacio Municipal de Deportes. «¡Me cachis en los mengues, qué cabreo estoy a punto de pillar!». Ahora, nueva capullada: en vez de tirar por la rotonda a la izquierda para regresar a la A-395, tomó a su derecha por el Paseo del Emperador Carlos V hasta la siguiente rotonda, donde optó por aparcar en la esquina con Andrés Segovia para aliviar la pertinaz tos succionando con agonía dos Ducados seguidos y arreándose unos cuantos viajes del hispánico brandy.

Cuál no fue su sorpresa al ver cómo se apostaba en ese momento un retén de legionarios a medio centenar de metros delante de él, sin duda efectivos del subgrupo táctico de la VII Bandera de la Legión de Almería acudido el domingo anterior a Granada para patrullar las infraestructuras y las calles e informar a la ciudadanía en apoyo a la Guardia Civil y a la Policía Nacional, tal como habían dicho en Canal Sur. Unos mozalbetes de garbosa apostura a cuya vista por poco se le sale el corazón del pecho y se le saltan las lágrimas de fervor patriotero. «¡Coño, si estos son los míos!». Ni corto ni perezoso, arrancó en plan bólico y fue hacia ellos hasta frenar en seco detrás del vehículo militar. Se apeó esgrimiendo alegremente la botella para invitarlos a un trago de confraternización como veterano del cuerpo que era, por supuesto sin guantes ni mascarilla:

—¡Ole vuestros cojones, qué alegría veros! Por fin, hombres de verdad. ¡Arriba España! —les soltó cuadrándose con mirada risueña y apostura triunfalista— ¿Qué tal si echamos un

traguito a morro, como buenos hermanos?

Los milicos no acababan de creerse lo que estaban viendo. Se miraron de reojo con cara de asombro. El que parecía estar al mando, un gafitas con barba recortada y cara de intelectual, le espetó:

—Oiga, señor, haga el favor de comportarse. A ver, su documentación...

—Qué me dices, chaval, si soy de los vuestros, veterano del Tercio Alejandro Farnesio, 4º de la Legión, Acuartelamiento General Gabeiras con sede en Ronda. Venga... no os cortéis conmigo. Brindemos por España y por Franquito, dechado de virtudes castrenses para todo caballero legionario.

Estos no pudieron evitar soltar una risotada, esta vez mirándose unos a otros con cara de guasa. El suboficial repitió, impertérrito:

—Su documentación, por favor... Y entréguenos esa botella, está usted cometiendo una grave infracción vial.

—¡Y dale con el usted! A mí háblame de tú, ¡coño!, aunque sea más viejo que todos vosotros. ¡Que somos compañeros, joder! ¡Si es que os he identificado por vuestras insignias!... Sois del Tercio Don Juan de Austria, VII Bandera de la Legión Teniente Coronel Valenzuela con sede en Viator. Para mí, la legión es lo más grande del mundo. ¡Y es que además este año es nuestro centenario, cojones! No me pierdo una procesión vuestra en Semana Santa, y también os vi en la tele desfilando por los Campos Elíseos de París el 14 de julio de 2007. ¡Hasta el año me sé de memoria! ¡Sí señor... españoleando como buenos pollinflas, para que aprendan esos franchutes a marcar el paso!

—Señor, su documentación. No se lo volveré a repetir. Queda usted detenido por infringir la orden de confinamiento

y por conducir en estado de embriaguez.

Santos, incapaz de asumir esa a sus ojos disparatada irrealidad, se subió hasta el hombro la manga izquierda de la camisa para enseñarles el tatuaje del escudo de armas de su Tercio: dos fusiles con bayoneta calada cruzados; en el centro, aspa de Borgoña en campo de azur y, en campo de oro, seis flores de lis de azur colocadas en cuatro fajas.

—¿Y ahora qué? ¿Veis cómo no me ando con *folletás*, pasmarotes? —aulló con los ojos exorbitados, rociando con salivazos la cara del suboficial.

Bastó un leve gesto de cabeza de este para que dos efectivos lo agarraran de inmediato por los brazos y lo esposaran con las manos a la espalda mientras otro daba por radio el parte de la detención y pedía una grúa para que recogiera el vehículo.

—¡Ya está bien, señor! ¡Hasta aquí hemos llegado! Queda usted detenido por insultos y resistencia a la autoridad.

—No me lo puedo creer. ¿Qué hay de nuestro espíritu de unión y socorro? A la voz de ¡A mí la Legión!, sea donde sea, acudirán todos y, con razón o sin ella, defenderán al legionario que pida auxilio —clamó entre jipíos de indignación.

—¡Cállate de una vez, gilipollas! —le espetó un tiarrón que parecía el más veterano.

Santos, en posición de firme, les estuvo entonando *El novio de la muerte*, mirándolos arrogante con los ojos haciéndole chiribitas, hasta que apareció un vehículo de la Policía Nacional para llevárselo a otra parte.